

## **El general Sherman en la pupila martiana.**

### **Marlene Vázquez Pérez**

Entre los muchos militares norteamericanos de ejecutoria destacada en el siglo XIX sobresale la figura del general William T. Sherman (1820-1891), uno de los jefes nordistas más brillantes de la Guerra Civil.

El cubano José Martí en la galería de semblanzas biográficas que le dedicara a los estadounidenses ilustres, contenidas en sus *Escenas norteamericanas*, le dedicó numerosos comentarios, aunque no un retrato unitario extenso, como sí lo hizo con Grant o Sheridan, entre otros.

Es tal vez en la semblanza de Grant donde encontramos una de las primeras menciones del general Sherman, que en su calidad de colaborador, subordinado y amigo de aquel, es visto como su contrapartida. Dice de él Martí entonces:

*Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado, fiero—; Grant, corto de cuerpo, ya espaldado, lento, sobrio en el hablar, de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí: Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que como en lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba.*

Otras veces, nos lo presenta de un trazo, en su desconocimiento de los pueblos de Nuestra América, a los que mira con altanería, y sólo atento a la libertad de su propio país. En 1889, a raíz del triunfo presidencial de Benjamín Harrison, en una de sus crónicas para *El Partido Liberal*, de México, refleja el cubano la diversidad de opiniones que se expresan en la prensa norteaña respecto a la futura política del nuevo gobierno. La naturaleza rapaz y conquistadora del militar aparece allí avvicinada con la opinión de políticos que pretenden extender el dominio estadounidense sobre el sur:

Pero del país, conmovido ya hasta la misma superficie visible por el odio del blanco al negro, por el recelo del Norte para con el Sur, por la podredumbre de la empleomanía, por la liga de los capitalistas, por el malestar activo de la masa obrera del país, sólo se escribe para empujarlo al gobierno imperial, a la casa ajena, a la conquista. Que eche un brazo de mar a mar. Que tienda la zarpa por el norte. Que tenga las alas abiertas, para cuando caigan las islas del golfo. Eso

aconseja Ingalls,<sup>1</sup> el presidente del Senado; eso Sherman,<sup>2</sup> Secretario de Estado posible; *eso el otro Sherman,<sup>3</sup> que sabe —"¡ah, sí, ya sé!"—*, que La Plata está al Sur del Ecuador; eso Blaine, curador leonino de los países que en sus días de gobierno vio acurrucados a sus pies.

En otra crónica de 1889, en la que refiere, entre otros muchos asuntos, la fuerza que ha adquirido un nutrido grupo de veteranos de la Guerra Civil, comandados por el General William T. Sherman, que reclama para sí privilegios insólitos, critica Martí este proceder haciendo uso de la ironía. Ellos "[...]votan juntos por el candidato que les ofrece verlos como a clase ungida, que tiene derecho a que la razón le remoje la barba y le lleve la sopa a la boca: hasta a las botas que llevaron a la campaña se les ha de dar pensión, y al zapatero que se las hizo, y a la lezna con que las cosió, porque han tomado estos barateros a miedo y a obligación el cariño excesivo con que ve el país a los que, por salvarlo los más, iban a meter la bayoneta en el pecho de los que defendían del Norte celoso sus solares nativos[...]".

Esta conducta altanera y abusiva de los que en el pasado defendieron al país, y pretenden gozar de privilegios por haber cumplido con su deber, no puede ser aplaudida por Martí, que entendía el cumplimiento del deber como algo sagrado, que debía hacerse con modestia y sin esperar recompensa alguna.

En 1891, cuando ya Sherman era un anciano mortalmente enfermo, le dedica Martí unos párrafos en una crónica dedicada a varios asuntos, entre los que destacan la muerte del historiador George Bancroft y del político William Windom. Allí coexisten defectos y virtudes, y se nos presenta al legendario personaje tanto en las glorias y errores del pasado como en el presente de sus últimos días:

No era de los que gozan en ver crecer al hombre, sino en arrollarlo. —Pero de una cabalgata, cuando la guerra, atravesó Georgia, arrasó el campo enemigo, y salvó el ala federal amenazada. Y en Shiloh, cuando Grant aturdido volvía atrás, se echó a las balas sin sombrero, blasfemando y relampagueando, y ganó a Shiloh, la primera batalla decisiva de la guerra. Sólo que estos hombres son como los martillos, muy buenos a la hora de machacar; pero cuando se han de juntar las piedras, que es donde está el arte del gobierno, el martillo ha de guardarse con doble llave y con mucho honor, porque el

---

1 John J. Ingalls.

2 John Sherman.

3 William T. Sherman.

gobierno quiere mano sutil y delicada.

Como puede verse en el pasaje anterior, aquí expone el cubano una vez más su preocupación acerca del carácter civil que deben tener los gobiernos democráticos, como garantía de las libertades ciudadanas. Más adelante vuelve insistir en el autoritarismo y las ambiciones de Sherman, pero también en su entereza para enfrentar la muerte:

El que defendió al país es santo, hasta que emplea en turbarlo el crédito que ganó con defenderlo. Lo hermoso en Sherman no es la lengua áspera, ni la ambición celosa, ni el genio militar, ni su independencia gruñona, sino el no querer morir, el resistirse a morir, el echar la muerte atrás hasta que llegue de Europa su hijo: —“ Cuando venga Tom, bueno. He vivido como lo entendí y no le tengo miedo a nadie.”

La capacidad de Martí para ahondar en las facetas públicas y privadas del personaje, en sus glorias y desaciertos, en sus ambiciones y en las fibras más sensibles de su espiritualidad, hacen que estas semblanzas biográficas, tanto las unitarias, dedicadas a un solo protagonista, como estos bocetos dispersos en las más disímiles páginas de crónica, contribuyan a contar la historia de los Estados Unidos. Aún hoy su lectura resulta reveladora.